



Hijas de SIBIL

Adella Brac

Hijas de Sibil

Adella Brac

Título: Hijas de Sibil

Autora: Adella Brac

1ª edición: febrero, 2018

©Adella Brac, 2017

Diseño de portada ©Adella Brac, 2018. Sobre fotografía de ©StockSnap, en Pixabay.

Ilustración interior ©Jessica Galera Andreu, 2017

©Todos los derechos reservados.

Queda prohibida, la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio electrónico o mecánico sin autorización por escrito del autor, además de cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual.

La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

A Lucas y Gabriel.

El reino de Caltha Palustre se formó cuando Sibil, una nereida, llegó a la isla y logró la paz entre las cinco tribus que se disputaban el territorio. Desde entonces, su estirpe ha sido bendecida con un don.

Ahora corren tiempos convulsos. Dos hermanas mellizas, Evadne y Halia, son las últimas descendientes de Sibil.

Una de ellas deberá demostrar ser merecedora del trono y capaz de restablecer la armonía perdida.



Las campanadas del reloj de la torre norte avanzaban implacables. Halia corría por el pasillo empedrado.

Novena campanada. Empezó a bajar el último tramo de escaleras hacia el salón del trono. Casi volando, sus pies apenas tocaban el suelo.

Undécima, llegando a las puertas. No esperó a que los guardias las abrieran, las empujó con fuerza. Última campanada, hizo su entrada alborotada en el salón.

El reloj enmudeció y todos los presentes se giraron a mirarla.

Levantando la cabeza, se dirigió hacia el lugar donde su hermana melliza, vestida con elegancia, la esperaba ya.

Sus padres estaban sentados en sus tronos, fingiendo que no les disgustaba la situación.

Halia se recolocó con disimulo el vestido mientras avanzaba.

Al llegar al lado de su hermana, notó que el alfiler que mantenía su pelo firmemente recogido se estaba escurriendo.

Mantuvo la cabeza rígida, como si pudiese evitar el desastre de sus rizos desmandándose libres de la atadura. Percibió un movimiento a su derecha y miró por el rabillo del ojo.

Su hermana había llevado las manos tras la espalda y estaba haciendo un dibujo en el aire. Halia notó que el alfiler se movía levemente hacia arriba y sintió el pelo más tirante. El adorno volvió a clavarse en su sitio.

Dio un respingo.

Su padre comenzó a hablar.

—Bien, como ya estamos todos, vamos a dar inicio a la presentación de los dones.

—El secretario real, que estaba situado detrás del trono, dio un paso al frente y le tendió un pergamino—. Empezaremos por Evadne. Acércate, querida.

Su hermana avanzó hacia sus padres. El rey desplegó el pergamino.

—Los sabios de Mynsal informan de que las pruebas son favorables. Evadne, digna hija de Sibil, posee el don de la telequinesia.

Un murmullo de admiración se extendió entre los miembros de la corte.

—¡Fabuloso! —corroboró el monarca plegando el documento—. Esperamos con anhelo tu demostración.

Evadne realizó un movimiento ondulante con la mano izquierda en el aire y el trono de su padre comenzó a elevarse del suelo con lentitud.

El rey miró sorprendido hacia abajo y asintió con aprobación.

Evadne realizó un giro con la mano derecha y el trono de su madre ascendió también. La reina se aferró a los reposabrazos en un gesto inconsciente.

Ambos tronos se hallaban flotando apenas a medio metro del suelo, pero Halia podía apreciar lo difícil que resultaba para su hermana mantenerlos ahí.

—¡Fantástico! ¿Puedes acercarme a la ventana? —quiso saber el rey.

Evadne apretó los dientes, un gota de sudor se estaba concentrando en su sien izquierda.

El trono del rey vibró durante unos segundos, pero cuando parecía que iba a empezar a desplazarse, a Evadne le fallaron las fuerzas y se desplomó sobre las rodillas, agotada.

Ambos tronos cayeron con fuerza al suelo.

La reina parpadeó repetidas veces. El cabello y la ropa se le habían alborotado, hizo un gesto elegante con la mano derecha y su aspecto se recompuso al instante.

El rey frunció el ceño y se recolocó la corona, que se le había ladeado.

—Bueno... creo que necesitas practicar un poco más —dijo alargando una mano hacia su secretario—. Es el turno de Halia.

Ella avanzó un paso, situándose junto a su hermana, que empezaba a ponerse en pie con dificultad. Reprimió sus ganas de ayudarla, sabía que su padre no lo aprobaría.

El secretario real tendió otro pergamino al monarca y este lo desenrolló y leyó en voz alta.

—Los sabios de Mynsal informan de que las pruebas son... no concluyentes. —Su tono de voz disminuyó—. Halia, hija de Sibil, no posee ningún don.

Su padre bajó el documento y la miró como había mirado a su caballo favorito cuando se rompió una pata y le dijeron que tenía que sacrificarlo.

Halia basculó el peso entre el pie izquierdo y el derecho mientras bajaba la mirada al suelo.

—Bien, esperaba no tener que dar esta noticia, pero la autoridad de la corona está en entredicho. El descontento no ha dejado de crecer entre la población en los últimos años. Sibil nos dejó un pueblo unido, que no hemos sabido gobernar, y una estirpe

dotada de magia, que ha resultado débil; con un don usado para el mal y otro completamente inútil. —La sonrisa perfecta de la reina tembló de manera casi imperceptible en las comisuras—. La última esperanza de nuestra familia eran vuestros dones, pero...

Las puertas se abrieron con brusquedad y un soldado entró, al percatarse de que había interrumpido la ceremonia de presentación, agachó la cabeza.

—Lamento la intromisión —se excusó—, pero la situación es muy grave. Solicito audiencia privada de inmediato.

Un murmullo se levantó en la sala. El monarca levantó las manos haciendo callar a todos.

—Doy por concluida la ceremonia, podéis salir.

La gente comenzó a abandonar el salón. Halia se giró hacia su hermana y vio que estaba intentando mezclarse con la muchedumbre para salir discretamente, pero el secretario de su padre, Giles, bloqueó su huida.

—Su majestad desea que os quedéis, alteza —le dijo.

Evadne regresó junto a ella con gesto resignado.

Cuando solo hubieron quedado en la sala los reyes, las princesas, el secretario y el soldado, este último comenzó a hablar.

—Los fortalezanos nos han hecho una declaración formal de guerra.

—¡Oh, dioses! —El rey se llevó la mano a la frente—. Necesitamos alianzas, ¿qué se sabe de los embajadores?

El soldado negó en silencio con gesto triste.

—¿Qué fuerzas activas tenemos ahora mismo?

—No más de quinientos hombres, y están diseminados por todo el territorio, tratando de encontrar al líder de la rebelión. Hemos perdido todo contacto con la flota real, es posible que se estén preparando para ponerse al frente de la ofensiva.

El rey suspiró.

—Evadne es la heredera y ya ha cumplido los dieciséis años, la ofreceremos en matrimonio al primero que pueda garantizarnos protección.

Halia apretó los puños y su hermana palideció. La reina se puso en pie.

—Nosotras nos retiramos ya —dijo.

Se situó entre ellas y posó una mano sobre el hombro derecho de Evadne y la otra sobre el hombro izquierdo de Halia, como una mamá ganso que tratase de cobijarlas bajo sus alas.

—Vamos, chicas, esto es cosa de hombres.

Halia miró de reojo a su padre, pero no intentó quedarse.

En cuanto salieron al corredor, Evadne habló.

—Siento que padre haya dicho que tu don es inútil, madre.

—Gracias, cielo, pero convertir la fealdad en belleza no sirve para mantener un reino unido, así que supongo que tiene razón.

—Pues yo creo que siempre hace falta más belleza en el mundo —insistió ella.

—Lo que hace falta es menos maldad —aclaró Halia.

—Tú siempre ves el mundo como algo malo —la acusó su hermana.

—Al contrario, el mundo me parece maravilloso, son las personas las que lo estropean.

—Chicas, no peleéis, no es de señoritas —intervino la reina.

Halia bufó, pero no siguió hablando.

—Madre, ¿por qué dijo padre que el don de la abuela había sido usado para el mal? Creía que poseía la capacidad de curar.

—No debemos hablar de la abuela. Sé buena chica y olvida ese comentario.

Halia volvió a bufar sonoramente. Habían llegado al pasillo donde se encontraban sus aposentos. Estaban en una de las torres, el suyo frente al de su hermana, y cada uno de ellos ocupaba prácticamente un semicírculo.

La reina se detuvo y miró a Halia con severidad.

—¿Hay algo que quieras compartir con nosotras?

—No hablar de algo no hará que desaparezca, solo eso —le dijo la muchacha a su madre, y entró en su habitación para no dejar opción a réplica.

Lo primero que hizo fue despojarse del alfiler que mantenía su pelo tirante. Peinó su melena con los dedos, la trenzó y ató el extremo con una tira de cuero.

A pesar de que ambas hermanas habían heredado el color escarlata característico de las hijas de Sibil, ella tenía el cabello grueso de su padre, que requería pocos cuidados. Evadne, al contrario, había sido dotada con el más fino y problemático pelo de su madre. Al menos en eso había salido ganando.

Se quitó el vestido y lo lanzó sobre la cama. Cambió los incómodos zapatos por unas botas de caña baja y se vistió con unos pantalones y una camisa de hombre. Buscó en el armario una túnica corta de color azul, una de las que había estado llevando durante su estancia en Mynsal, y se la puso. Completó el conjunto anudándose una tira de cuero negro a la cintura.

Caminó hacia la ventana y se acodó en el alféizar, pensando en la situación en la que se encontraba el reino.

A los pocos minutos, su hermana entró en la habitación.

—¿Qué pasó con la abuela? Tú lo sabes, ¿no? —le preguntó.

Halia se dio la vuelta hacia ella.

—Yo sé muchas cosas —contestó—, pero ya has escuchado a madre, debemos ser buenas chicas y no usar la cabeza más que para sostener la regia corona. ¡Ah, no! Yo ni siquiera eso. La corona te pertenece a ti, porque yo no tengo un estúpido don.

—No seas idiota, Halia. Sabes que yo no quiero la corona —dijo dejándose caer, derrotada, en la cama—. No quiero gobernar al pueblo, tener que tomar decisiones sobre las vidas de los demás. No quiero ser un arma en una guerra. Solo quiero una vida tranquila y anónima.

—Es un poco tarde para eso, me temo. —Se sentó a su lado—. Yo tampoco quiero ser reina si eso me obliga a ceder el control a un desconocido y caminar un paso detrás de él y limitarme a sonreír como una tonta porque dirigir un reino es cosa de hombres.

—¡Pues estamos bien!

—Ya...

Ambas permanecieron un momento en silencio. Después, Evadne volvió a insistir.

—¿Qué pasó con la abuela? Cuéntamelo.

—Descubrió su don muy joven, con nueve años. Le fascinaba curar a la gente y se dedicaba a ello con todas sus fuerzas. Pero llegó un momento en que todo el reino gozaba de buena salud y ella empezó a hacer enfermar a propósito a la gente para poder curarlos. —Pasó la mano sobre su pantalón estirando una arruga de la tela—. El día de su matrimonio, para mostrar su don a la familia del abuelo, le rompió una pata a su propio perro. Se cuenta que los alaridos del animal se escucharon en todo el castillo.

Evadne se llevó las dos manos a boca, horrorizada.

—Ese fue el motivo de que el poder pasase de la reina al rey —continuó Halia—. Sibil nos abrió el camino y Gormlaith nos lo cerró. Mamá nunca ha intentado imponerse, yo deseaba recibir un don fuerte para poder hacerlo, pero... —Se encogió de hombros—. Ahora todo queda en tus manos.

Evadne negó con la cabeza.

—No puedo.

—Sí puedes, yo te ayudaré. Cuando seas reina, nómbrame capitana de la guardia real.

—Sabes que las mujeres no podemos tomar las armas.

Halia se levantó, situándose en frente.

—¿Y dónde demonios está eso escrito? Vas a ser reina, puedes hacer lo que quieras.

—No iré en contra de las enseñanzas de madre —afirmó—. Pondré mi don al servicio de mi marido. Él llevará el peso de la corona. Si no puedo tener una vida anónima, al menos intentaré que sea tranquila. Eso es lo que quiero.

—¿En serio? ¿Vas a desaprovechar la oportunidad?

—¿Te enfadas porque no quiero dirigir mi vida como tú lo harías?

—Me enfado porque tienes un gran poder y te niegas a usarlo.

—Déjalo ya, Halia. No quiero seguir hablando de esto.

—¡Claro! Así haremos que desaparezca el problema. Eres como madre —dijo, y no pudo evitar el desprecio que se coló en su voz.

Evadne le dirigió una mirada herida. Las lágrimas brillaban en el borde de sus ojos. Halia no pudo soportar esa visión, así que salió dando un portazo, más enfadada consigo misma que con ella.

Abandonó el castillo sin rumbo fijo, pero sus pasos la guiaron hacia los acantilados. Comenzó a bajar por el sendero que llevaba hasta la playa.

Cuando estaba llegando a la altura de la entrada de la gruta que había sido a menudo su refugio durante su niñez, se detuvo a contemplar el mar.

—Sibil, ¿por qué no soy digna de tu magia? —le preguntó a las olas.

Miró hacia el horizonte, como si esperase ver la respuesta escrita en el agua. Le pareció distinguir una forma brillante que se extendía en vertical sobre la superficie, como una barrera.

Guiñó los ojos poniendo toda su atención en ese punto, pero un grito rompió su concentración. Procedía de la gruta.

Se dirigió hacia allí con rapidez.

Un chico de una edad aproximada a la suya estaba cerca de la entrada de la cueva, con la espalda contra la pared y alzando una espada que se interponía entre su cuerpo y un cormorán gigante que abría las alas de manera amenazadora. Graznaba y daba la sensación de que iba a lanzarse contra él en cualquier momento.

Detrás del ave pudo ver un nido. El huevo todavía estaba ahí, pero se notaba que había sido quitado y vuelto a poner en su sitio.

—Calma —dijo acercándose al ave—. Lamento lo que ha sucedido, pero estoy segura de que no lo volverá a hacer. —Caminaba con lentitud, pero confiada—. Dile que no lo volverás a hacer —le dijo al chico.

—¿Qué? —contestó él mirándola confuso.

—Que le digas que no lo volverás a hacer.

—Lo siento —dijo él dirigiéndose al ave—. No volverá a suceder.

El cormorán sacudió la cabeza, plegó sus alas, se dirigió al nido y se acomodó sobre él.

—Gracias —dijo Halia con una leve reverencia—. Salgamos de aquí —añadió dirigiéndose al muchacho.

Cuando se encontraron en el exterior, él, visiblemente aliviado, habló.

—Te agradezco tu ayuda. No sé cómo lo has hecho, pero gracias.

Ella se encogió de hombros.

—Siempre me ha resultado fácil comunicarme con los animales.

—Pues es bastante impresionante —aseguró sonriendo—. Por cierto, me llamo Alexander —añadió tendiéndole la mano.

—Halia —dijo ella correspondiendo a su gesto.

La muchacha percibió una leve perturbación en la sonrisa de él, pero fue tal sutil que dudó si había sido algo real y al momento lo borró de su mente.

Se sentó en una roca y suspiró. Dejó su mirada vagar por el horizonte y volvió a notar ese extraño brillo localizado sobre un punto en concreto.

—¿Ves eso? —le preguntó al joven señalando hacia allí—. Esa zona brillante.

Él se sentó a su lado y entrecerró los ojos, como esforzándose en captar algo.

—Yo no veo nada.

El brillo se diluyó de nuevo.

—¡Da igual! Creo que simplemente echaba demasiado de menos el mar.

—Es hermoso, ¿verdad?

—Es más que eso... Cuando estoy lejos de él siento la nostalgia de un hogar perdido. Es difícil de explicar. —Sintió que enrojecía—. ¡En fin! ¿Qué hacías en mi cueva?

El muchacho sonrió ampliamente.

—¿Tu cueva? Creo que era del cormorán —aseguró.

—Es mi refugio secreto, aunque he estado un tiempo fuera y por eso el ave ha pensado que estaba desocupada —aseguró poniéndose muy recta. El viento arrastró la brisa del mar hacia tierra y el olor a salitre se intensificó.

El joven miró hacia el frente con un gesto repentinamente serio.

—Estaba huyendo de mi padre —confesó—. Últimamente en mi casa solo se habla de guerra y estoy cansado de soportar tanta rabia. —Volvió a mirarla asombrado—. No sé por qué te cuento esto.

—Seguramente porque necesitas sacarlo de dentro.

Halia acarició los pétalos de una flor que crecía entre las rocas cerca de su pie derecho.

—¡Qué bonita! —dijo Alexander.

—Centaurea borjae.

—¿Te sabes el nombre de todas las flores de la isla? —preguntó él en tono de burla.

—Me sé el nombre de cada planta y árbol de esta isla. Conozco el nombre de cada especie animal que habita aquí. Puedo distinguir cada tipo de roca de nuestro suelo, sí. Me he pasado toda la vida estudiando esta tierra. Amo Caltha con todas mis fuerzas.

Un silencio denso se extendió entre ellos.

Se miraron a los ojos. Los de Alexander eran azules oscuros y brillaban como estrellas. Ella sintió una especie de vértigo. Como cuando se lanzaba al mar desde los acantilados y el estómago se le subía hasta la garganta.

—Quizá todavía estamos a tiempo —susurró él.

—¿A tiempo de qué? —preguntó ella, confusa.

—De evitar la guerra.

Alexander se levantó, la cogió de la mano y tiró de ella hacia la playa.

Halia corrió junto a él intentando no tropezar.

Llegaron a la cala donde ella había aprendido a nadar siendo pequeña. Había una barca atorada en la arena.

Alexander la ayudó a subir y después empujó con fuerza el bote, deslizándolo hasta el mar. Subió con agilidad y a golpe de remo, comenzó a guiarlo hasta un barco anclado cerca de allí.

Halia no pudo evitar fijarse en cómo los músculos de sus brazos se tensaban y relajaban al remar.

Sacudió la cabeza para despejarse y se centró en sus ojos, pero fue peor, así que fijó la vista en el fondo de la barca, en la junta entre dos maderos.

Todavía estaba intentando serenarse cuando llegaron al barco. Un grumete les recibió en cubierta.

—¡Bienvenido, capitán!

Halia pasó la vista sorprendida de uno al otro, como si no acabara de creerse lo que estaba oyendo.

—Señor, los fortalezanos nos han declarado la guerra —informó el grumete.

—Lo sé. Y sé de quién es la culpa.

Alexander se hizo con el mando de la nave con naturalidad. Como si estuviesen respondiendo a una orden silenciosa, la tripulación al completo se puso en marcha y la nave comenzó a desplazarse perezosa hacia el sur.

Ella buscó un sitio junto a la balaustrada, donde no molestase, y se apoyó en ella

sin apartar la vista de Alexander.

En un momento dado, él se giró hacia ella y sonrió. Dio instrucciones a su gente y se acercó a su lado.

—Sé quién eres —afirmó ella—. Cuando regresé a Caltha todo el mundo hablaba de un nuevo capitán, el más joven de la historia, que había conseguido firmar tratados de comercio con Drommer y Katros y ponerse al mando de la flota real.

La sonrisa de Alexander se amplió.

—Para servirla, alteza —dijo haciendo una elegante reverencia. Después, volvió a mirarla—. Sé quién eres. Halia, hija de Sibil, princesa heredera de Caltha Palustre, y me inclino ante ti porque reconozco libremente tu autoridad.

Ella hizo una mueca con la boca.

—No soy heredera ni digna de llamarme hija de Sibil. —Se acodó en la balaustrada dándole la espalda—. ¿Crees que podemos parar a los fortalezanos? —preguntó para huir de tener que dar explicaciones.

—No. Creo que podemos parar a mi padre.

Ella lo miró interrogante por encima del hombro.

—Mi padre es el líder de la rebelión.

Bufó sonoramente y se giró de nuevo hacia él.

—¿Alguna declaración más?

—Por el momento, no —dijo, y su misteriosa sonrisa pareció esconder una promesa.

Un marino lo llamó y él se alejó con un gesto. Halia volvió su vista al mar borrando de su mente la sonrisa de Alexander.

Sabía que su padre llevaban tiempo buscando al líder de los rebeldes y ella lo acababa de encontrar. Si lograba evitar la guerra, podría salvar el reino. Y quizá, ser merecedora del trono. Evadne no sería obligada a casarse y podría vivir la vida tranquila que ansiaba. El poder regresaría a las hijas de Sibil, de donde nunca debió haber salido.

Dejó que la brisa marina le acariciara el rostro y se concentró en cargarse de energía para afrontar la situación en la que la vida le había puesto.

Cuando llegaron a su destino, un antiguo asentamiento conocido como Seifriz, Halia observó que el paisaje había cambiado mucho. Donde no había más que un conjunto de chozas abandonas ahora se levantaba algo similar a una pequeña población.

Alexander notó su desconcierto.

—Mi padre ha estado organizando a la gente desde aquí —explicó.

Le señaló una choza en concreto y ambos se dirigieron hacia allí.

—¿Desde cuándo?

—Desde que tú y tu hermana fuisteis enviadas a Mynsal. El don de tu abuela despertó a sus nueve años, el de tu madre con diez, que ambas cumplieseis los catorce años sin atisbo de dones, sumado a vuestro exilio, se entendió como un intento desesperado de despertar una magia ya extinguida. —Habían llegado a la choza. Él abrió la puerta—. La noticia de que no poseáis ningún don ha precipitado las cosas, pero ahora...

Ella, en lugar de entrar, se encaró con él.

—Evadne sí posee un don.

—Un don que no podrá dominar. Es tan débil como Gormlaith —se escuchó desde el interior de la cabaña.

Cuando Halia se giró hacia la voz vio al secretario de su padre.

—¡Giles!

Estaba de pie junto a una mesa en el centro de la estancia, rodeado de otros siete hombres que ella no pudo reconocer.

Él hizo una reverencia burlona y se dirigió a su hijo.

—Buena maniobra la de secuestrar a la princesa. Pero no era necesario, con que me dices tu apoyo era suficiente.

Halia se vio impulsada a retroceder, pero Alexander la estaba empujando suavemente hacia dentro de la cabaña y cerrando la puerta a su espalda.

—Te equivocas, mi lealtad está del lado de las hijas de Sibil.

—¡No menciones a Sibil! Todos respetamos su memoria, pero sus descendientes han manchado su nombre. Han traído dolor y ruina a esta tierra. Gormlaith hizo sufrir a mi familia, y la reina Melinda solo sabe mirar hacia otro lado.

Halia quiso defender a su madre, pero no sabía cómo.

—Quizá ha llegado la hora de que las hijas de Sibil vuelvan a tomar las riendas de Caltha Palustre.

—Si no estás conmigo, estás contra mí —exclamó Giles sacando dos puñales de sus botas.

El resto de los hombres empuñaron también sus armas y los rodearon.

Halia pudo ver cómo la rabia nublaba los ojos de Giles, quitándole parte de su humanidad.

Alexander desenvainó su espada poniéndose delante de ella.

—Puedes empezar a hacer tu magia cuando quieras —le dijo por encima del hombro.

—Pero, yo... —Iba a decir que no tenía ningún don cuando empezó a percibir un

olor a brisa marina. Giró la cabeza a derecha e izquierda, confusa, y fue como si el tiempo se ralentizase. Sintió que su alma se despegaba de su cuerpo y era arrastrada con violencia hacia Giles.

De alguna manera estaba dentro de él. Dentro de su cabeza, en sus pensamientos. Y todo era oscuro y frío.

Una luz surgió de su pecho y se extendió por su cuerpo. Levantó las manos para observarla. Las sombras retrocedían ante esa luz como un animal herido.

Cuando no quedó un resquicio de oscuridad, algo tiró de ella y se encontró de nuevo en su cuerpo. Pudo ver que su piel estaba iluminada.

Giles había caído de rodillas y lloraba como un niño. El resto de los hombres tiraron sus armas y se arrodillaron ante ella como si de una divinidad se tratase.

Alexander la miraba con orgullo. El mundo comenzó a desenfocarse. Sus ojos azules fue lo último que vio antes de perder el conocimiento.

Cuando despertó se hallaba en su habitación.

Evadne estaba sentada en una butaca al lado de la cama, cosiendo unos lazos en la cintura de un vestido. Cuando la vio abrir los ojos, se levantó de un salto dejando la labor a un lado.

—¡Halia! Pensé que no despertarías nunca —exclamó echándose encima de ella para abrazarla.

—Déjame respirar, por favor —suplicó ella enterrada entre los volantes de la ropa de su hermana.

Evadne se retiró con rapidez. Había lágrimas brillando en sus ojos.

—Dime que no me odias.

—¡Claro que no! Eres mi hermana, nunca podría odiarte —aseguró incorporándose un poco—. Lamento haberte dicho que eres como madre. No lo eres. Sé que amas esta isla tanto como yo y estarías dispuesta a luchar por defenderla.

—No soy tan valiente como tú, pero quiero serlo. No quiero tener miedo.

—Ser valiente no significa no tener miedo, solo no dejarse dominar por él.

—¡Oh, hermana! Me alegra mucho que vayas a ser reina. Te lo mereces.

—¿Yo?

—Sí, era la condición que pusieron los rebeldes para abandonar la lucha. ¡Tendrías que haber visto la cara de madre cuando te trajeron! Brillabas como si tuvieses estrellas

bajo la piel.

—Dicho así, suena fatal.

—¡Fue increíble! —exclamó su hermana con una sonrisa—. Padre ya ha anunciado que abdicará en cuanto te encuentres con fuerzas de asumir el control del reino. Necesitamos estar todos unidos para defender la isla frente a los fortalezanos.

Halia retiró las pieles que cubrían su cama y se dispuso a levantarse.

—Giles había hecho un pacto con ellos —siguió Evadne—, lo ha roto, pero esos sanguinarios no van a dar marcha atrás.

Apoyó los pies en el suelo con cierta duda y se irguió. Notaba el cuerpo debilitado.

Dio un paso y sintió que se tambaleaba. Evadne la sostuvo por los brazos.

—Estoy bien —aseguró Halia—. Quiero ver a padre.

—Ahora mismo está reunido con Giles y Alexander. ¡Qué bien has escogido! ¡Qué guapo es!

—Pero, ¿qué dices? Ayúdame a vestirme, anda.

Halia se encontró con Giles frente a la puerta del salón del trono. Él le hizo una reverencia.

—Lamento mucho lo que sucedió en Seifriz, alteza. La rabia me cegó, me avergüenzo de mi comportamiento. Quiero que sepa que cuenta con mi lealtad absoluta y con la de mi gente.

—Te lo agradezco, Giles —dijo con sinceridad, y entró en la estancia.

Alexander, que estaba junto al monarca revisando unos mapas, se dirigió a ella y la asió de las manos.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó con ternura.

—Bien, gracias.

—Halia —la llamó su padre—. Sabía que no podía ser cierto que Sibil te hubiese ignorado. Estoy deseando verte en acción. Cuando te encuentres recuperada, claro, eso es lo primero.

Ella caminó hasta él intentando que sus pasos fuesen firmes.

—Estoy bien —aseguró.

—¡Perfecto! Porque en dos días se llevará a cabo la coronación —continuó el rey—. Ya he ordenado que se empiece con los preparativos. Contigo al frente, el apoyo de la flota y el pueblo unido, ¡esos fortalezanos no tienen nada que hacer!

Alexander, que se había mantenido cerca de ella todo el tiempo, intervino para dirigirse hacia él.

—¿Nos disculpáis un momento? Deseo hablar con su alteza a solas.

El monarca sonrió, asintió con la cabeza y salió de la estancia.

Alexander hizo un gesto hacia un banco junto a la ventana. Ella asintió, se dirigieron allí y tomaron asiento.

—Ayer te juré lealtad como súbdito y hoy quiero hablarte como hombre, para declararte mis sentimientos hacia ti.

Halia se revolvió incómoda.

—No voy a casarme con nadie. No permitiré que un rey vuelva a eclipsar a una hija de Sibil.

Él sonrió.

—No quiero ser rey, solo quiero estar a tu lado. De la forma en que tú desees.

—Solo quiero tu amistad —dijo, pero en el mismo instante supo que no era cierto.

—Eso ya lo tienes. Por siempre.

Halia apoyó la espalda contra la pared de piedra. De repente se sentía muy cansada.

Él se levantó e hizo una reverencia elegante.

—No quiero fatigarte más, me retiro. Si necesitas de mí, estaré en el puerto, organizando a la flota.

Ella hizo un gesto de asentimiento y lo observó con atención mientras cruzaba el salón en dirección a la puerta.

Cuando desapareció de su vista, se dio cuenta de que estaba sonriendo como una tonta.

Sacudió la cabeza y dirigió su vista al horizonte.

Quizá, mantener la autonomía como reina dependía de escoger al rey apropiado.

Aquella zona luminosa en el mar brillaba más que nunca.

—Gracias, Sibil —susurró.

AGRADECIMIENTOS

A Jessica Galera Andreu, Marisa M. R., Lidia Castro Navàs y Eva Gil Soriano, por los buenos momentos compartidos.

Y gracias a ti, por leer. Espero que hayas disfrutado.

¿Te has quedado con ganas de más?

Estoraque mira el mar soñando con huir de su vida, así que el día que sus padres lo dejan al cargo de Cereus, el capitán del galeón Ninfa Blanca, sabe que ha llegado su oportunidad. Se llevará a su único amigo, su gato Aerides, y marchará sin mirar atrás.

Boje siempre ha cuidado de sí mismo y está convencido de que podrá cuidar de su hermana y sobrevivir sin sus padres. Pero cuando ella enferma, tendrá que admitir que necesita ayuda y partir hacia la capital del reino en busca de su abuelo.

Tilansia solo tiene claro dos cosas, que el amor es destructivo, y que debe esperar el momento oportuno para abandonar la rutina decepcionante del día a día y vivir la vida de aventuras que ansía. Sin embargo, todo se precipitará con el ataque de su propia madre.

El camino de Tilansia se cruzará con el de Estoraque y más tarde con el de Boje. De ambos aprenderá una valiosa lección. Pero no será fácil, va a tener que decidir de qué manera quiere vivir su vida. ¿Tendrá el valor suficiente para escuchar a su corazón?





Bellasombra es la heredera de la última bruja, aunque la magia no le interesa demasiado, se considera una guerrera. Alerce espera llegar a convertirse en un gran alquimista mientras viaja en una misión para el rey. Pero las cosas no siempre salen como está previsto. Quizá, el destino les tenga reservado algo mejor.

También disponible en inglés.

Lola vive su vida sin preocuparse por los demás y piensa que es feliz así.

Todo cambia el día que sufre un accidente de coche que la deja inconsciente varias horas. Cuando despierta en el hospital, puede ver un halo de luz que envuelve el cuerpo de cada persona. Convencida de que se trata de una secuela pasajera, decide ignorarlo y recuperar su antigua rutina. Pero las cosas nunca salen según lo planeado.

Un desconocido, al que solo ella puede ver, llegará a su vida para desvelarle algo sobre su pasado. Y este encuentro romperá para siempre su esperanza de regresar a la normalidad.



Te animo a que me visites en mi blog, allí tienes toda la información de cómo conseguir estos libros. Además, podrás leer reseñas, artículos sobre fantasía juvenil y participar en retos de escritura:

www.adellabrac.com

¿Vienes?